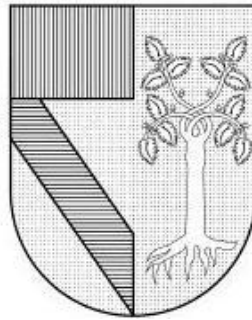


UNIVERSIDAD PANAMERICANA

FACULTAD DE FILOSOFÍA

**CON ESTUDIOS INCORPORADOS A LA SECRETARÍA DE EDUCACIÓN
PÚBLICA**

Acuerdo número 974179



El arte de traducir: Ética y estética del traslado cultural

T E S I N A

**Que para obtener el grado de
MAESTRO EN HISTORIA DEL PENSAMIENTO**

Presenta:

MARTA REGINA ANCHUSTEGUI CORREA

**Director de Tesina: MTRO. VÍCTOR MANUEL ESQUIVEL ALVA
Codirector de Tesina: MTRO. JOSÉ LUIS RIVERA NORIEGA**

México, D.F. 2012

Contenido

Introducción.....	3
Capítulo 1. La esencia de la traducción.....	5
Capítulo 2. Historia de la traducción.....	12
Capítulo 3. La importancia de la traducción.....	21
Capítulo 4. La invisibilidad del traductor.....	30
Conclusiones.....	38
Apéndice.....	45
Bibliografía.....	48

Introducción

“Cada idioma es un modo distinto de ver la vida”, dijo Federico Fellini (Frasas, 2008, 1). Sin embargo, son pocos los virtuosos a quienes nos podemos referir como políglotas y quienes gozan del privilegio de comprender diversas culturas desde la lengua misma, ya que, como dijo Rigoberta Menchú en la *Declaración de Los Derechos Lingüísticos*, “...el idioma es el vínculo que permite pensar de acuerdo a los conocimientos y la forma de ver el mundo de una cultura, de un pueblo determinado” (*Declaración Universal*, 1998, 14).

Es aquí donde se advierte la importancia trascendental del traductor como mediador intercultural: El buen traductor permite enlazar diversas culturas. No es únicamente un transmisor de palabras, sino un vínculo versátil y sutil que, mediante el dominio absoluto de las lenguas, logra que dos o más culturas totalmente distintas contraigan lazos.

En alguna ocasión el escritor portugués José Saramago afirmó que: “Los escritores hacen las literaturas nacionales; los traductores hacen la literatura universal” (Alpízar, 2005, 1). Sobre lo anterior, Rodolfo Alpízar comenta: “Bien sabe Saramago lo que dice, pues no sólo ha visto universalizado el fruto de su trabajo gracias a la intervención de los traductores, sino también alguna vez se ganó el pan ejerciendo esta profesión” (Idem).

Por desgracia, muchas veces el lector no percibe la tarea tan delicada, compleja y meticulosa de estos artistas de la lengua.

Sin embargo, permanecer invisible, misión clave del traductor, no es sinónimo de ser ignorado o de pasar inadvertido. Es imprescindible recalcar la trascendencia de la traducción con el fin de despertar conciencia sobre la significativa labor que realizan estos profesionales de las lenguas y de la lingüística.

Capítulo 1. La esencia de la traducción

Umberto Eco diría: Traducir significa “Decir casi lo mismo” (Eco, 2008, 9). Es evidente que en primera instancia no parece implicar ninguna dificultad. Pero ¿Qué significa? En pocas palabras, con lo primero que viene a la mente y con la certeza de no equivocarse, se puede definir como la acción de pasar un texto, un mensaje o una idea de una lengua a otra. Si es así, ¿por qué se escribe tanto al respecto? ¿Por qué se habla tanto acerca de buenos o malos traductores? ¿Por qué ha sido objeto de estudio a través del tiempo? ¿Por qué se le da tanta importancia? ¿Por qué es una profesión tan necesaria?

La traducción es una profesión que se ha venido desarrollando desde tiempos remotos. Es un oficio que nos ha permitido vincular culturas, comprender las diferencias y similitudes entre ellas, conocer las grandes aportaciones de las distintas épocas, así como fusionar el pasado con el presente a lo largo de la historia.

El idioma es el elemento que vincula, une y hace cómplices a los hombres de una misma comunidad, al tiempo que señala como extraños a todos aquellos que no lo hablan ni lo comprenden. Es una barrera importante que limita el acercamiento y la integración a territorios ajenos. Esto es un hecho incómodo de aceptar porque de alguna manera significa que, sin el aprendizaje de lenguas, los hombres tienen que arraigarse y conformarse con la comunidad lingüística en que crecen y se desarrollan. No obstante, gracias a los traductores, esto no tiene que ser así.

La traducción nace justamente a raíz de la existencia de múltiples y diversas lenguas. El traductor es quien hace accesible todo aquello que las lenguas ajenas tienen que ofrecernos. Sin embargo, traducir no es tarea fácil. Las palabras que Valentín García Yebra utiliza para definirla ponen al descubierto la responsabilidad que ésta conlleva al describirla como: “El noble oficio de comunicar entre sí a hombres separados por barreras lingüísticas total o parcialmente infranqueables entre ellos” (García Yebra, 1986, 9).

El hecho de tener la responsabilidad de comunicar entre sí a hombres procedentes de distintas lenguas y culturas comienza a parecer un tanto más complejo. Porque traducir es un arte que va mucho más allá de dominar dos lenguas. Conocer y hablar bien la lengua origen (de la que se traduce) y la lengua receptora (a la que se traduce), no necesariamente hacen a un buen traductor. La propia historia ha demostrado que traductores hay muchos, pero muy pocos son realmente buenos.

Lengua y cultura caminan de la mano. No se da la una sin la otra. Esto significa que el traductor tiene que conocer y comprender a fondo no sólo ambas lenguas, sino también las costumbres y las ideas de las comunidades para las que traduce. Porque la verdadera esencia de la traducción consiste en “la generación de un texto concreto y singular a partir de otro texto singular y concreto” (Ibidem, 18).

Es prácticamente como desarmar una máquina para posteriormente volver a construirla con las características y propiedades que el cliente exija. Aparentemente es idéntica a la original, mas son pequeñas alteraciones y detalles lo que conciben la gran diferencia. De la misma manera, el texto generado ha de amoldarse a la lengua terminal para satisfacer

las necesidades lingüísticas y culturales de sus lectores y para cumplir con las exigencias estipuladas por el autor y el editor.

Durante años, los grandes de la traducción han debatido sobre qué es más importante en su profesión, si la práctica o la teoría. La mayoría de estos grandes traductores han estado de acuerdo en que la experiencia es trascendental y parte crucial de lo que hace a un gran traductor. Sin embargo, también coinciden en que no se puede dejar totalmente de lado la teoría. ¿Por qué? Porque “los expertos, es decir los que sólo tienen experiencia o práctica, saben el qué pero no el por qué. Los que conocen la teoría conocen el por qué y la causa” (Idem).

El traductor trabaja con el lenguaje que se conforma de signos. Estos signos, a su vez, se combinan y se unen para formar palabras que se van enlazando entre sí hasta crear frases que, paulatinamente, conforman párrafos y así sucesivamente hasta concebir historias y novelas. Con esto se pretende explicar cómo el traductor depende de la semántica, de la lexicografía y de la sintaxis. Es esencial su dominio sobre estas así como es imprescindible que tenga un profundo conocimiento del análisis de textos, tanto en la lengua origen como en la lengua meta.

La labor del traductor exige una constante actualización histórica, sintáctica y a todos los niveles, empezando por su vocabulario. Este tiene que ser vasto, culto, versátil y fluido, porque como dice George Steiner “...las lenguas viven en movimiento perpetuo” (Steiner, 2008, 40).

Así pues, cuando un traductor acepta un trabajo determinado, la realidad es que se va a enfrentar al texto y a su contexto en todo el sentido de la palabra. Como si fuera una batalla, porque traducir es un reto, una tarea que requiere de

conocimientos, de experiencia, de habilidad, de mucha práctica y de profunda paciencia.

Al sentarse frente a un texto, no son simplemente la sintaxis y el glosario lo que el traductor tiene que considerar como prioridades. Antes de comenzar, debe leer sobre el autor original, considerar la época en que el texto fue escrito, los factores históricos y culturales que le competen, así como captar y conocer al público al que está dirigido y el tono en el que está escrito. Todos estos son elementos absolutamente relevantes a considerar como punto de partida.

Sin embargo, esto no significa, de ninguna manera, que tras haber cumplido con lo anterior, el autor esté listo para empezar a traducir. La mayoría de las veces un texto requiere de múltiples lecturas no únicamente para entenderlo y para poder interpretarlo, sino para asumir el mismo tono y sensibilidad con los que el autor matizó el texto original.

En su extraordinaria obra *Después de Babel*, George Steiner hace una maravillosa labor para explicar el desarrollo de la traducción mediante lo que él llama el proceso hermenéutico, el cual define como: "El acto de esclarecer, de trasladar y anexar la significación". Esto se logra a partir de cuatro pasos fundamentales (Ibidem, 303).

El primero se basa en la confianza inicial del traductor al leer por primera vez el texto a traducir. Esta lectura es casual y despreocupada. La intención es conocer el texto, sentirlo y captar el contenido. El traductor se da una leve idea de cuánto sabe sobre la cultura del texto origen pero no intenta descifrar el fondo del mismo. Simplemente es una especie de presentación para planear su estrategia de traducción.

Una vez realizada esta primera lectura, el traductor pasa a la segunda fase, a la cual Steiner se refiere como la agresión. Aquí, "...el traductor entra a una etapa de incursión y de extracción" (Ibid., 304). Se convierte en un lector vigilante y concienzudo. Porque "Entender es descifrar. Atender al significado es traducir" (Ibid., 13). Ahora su lectura es mucho más profunda, de tal manera que elige, distingue y extrae lo que considera primordial para la producción del texto que va a crear. Porque, como dice Umberto Eco, (Eco, Op. Cit., 25), "...la traducción se basa en procesos de negociación". El traductor muchas veces debe renunciar a ciertas cosas para obtener otras más adecuadas para los hablantes y la cultura de la lengua meta. "...no es posible tenerlo todo" (Idem).

Tras la confianza y la agresión, el traductor está listo para "la incorporación" (Steiner, Op. Cit., 305). Ya está inmerso de lleno en el texto y comienza a realizar importaciones de significado y forma. Selecciona meticulosamente lo que va a transferir, lo que desea adoptar para su trabajo. Es una fase de enriquecimiento en la que se importa a la lengua meta. Aquí el traductor sabe que la polisemia juega un papel vital para conferir a la traducción el mismo sentido que el autor concedió al contexto original.

Por último, Steiner hace referencia al desplazamiento de restitución (Ibidem, 3006). El traductor ya se encuentra embebido en la aventura de transferencia y su criterio, su comprensión y su creatividad son determinantes para el resultado de su trabajo. Sabe que la fidelidad y la simetría perfecta entre el texto fuente y el texto original son fundamentales. Porque "La fidelidad es ética..." (Ibid., 309) y ha de trabajar para conseguirla.

De acuerdo con Lutero, antes de comenzar a traducir, "...el traductor debe establecer una fase de comprensión en la que se debe plantear cuál es el sentido del texto original" (Ponce, 2007, 4). Ahí surgen dudas, y "...éste es el elemento clave para cualquier buen traductor: la duda. Esta duda es la gran aliada del traductor" (Idem). Y es aquí cuando el traductor se da cuenta de que no obstante sus múltiples años de experiencia, se enfrenta ante una nueva y dura faena. Porque cada texto es distinto. Porque cada autor escribe y transmite de manera diferente. Porque no existen machotes que le permitan cerciorarse de que lo que está escribiendo es lo óptimo. Porque lo que se dice en el texto original muy probablemente tenga que adecuarse a la lengua meta de acuerdo a la manera de pensar de los lectores que ansían tener en sus manos ese texto que les era inaccesible. Cada lengua tiene sus propias expresiones y esto es un principio que el traductor siempre ha de tener en mente. Debe preguntarse si los receptores de la lengua meta las sentirán como propias o si las sentirán forzadas. El texto nuevo tiene que correr con la misma fluidez que el texto original. "Todo esto conlleva que el traductor no se erija tan sólo como un mero transmisor de palabras, sino como un verdadero eslabón, una conexión tan sumamente versátil que es capaz de entrelazar dos culturas diferentes" (Ibidem, 5).

García Yebra resume su regla de oro para traducir en la siguiente frase, hoy célebre en el mundo de toda traducción: "*Decir todo lo que dice el original, no decir nada que el original no diga, y decirlo todo con la corrección y naturalidad que permita la lengua a que se traduce*" (García Yebra, Op. Cit., 254).

Construir un texto que cumpla con estos requisitos es una labor ciertamente compleja. El traductor debe ser un lector consumado y altamente suspicaz para poder discernir los motivos del escritor del texto original y captar la sensibilidad

que conllevan, no sólo sus palabras, sino las emociones de la cultura a quien el texto está dirigido. Porque no todas las lenguas son tan maleables, sobran aquellas que forcejean para adaptarse y romper con la rigidez que las caracteriza.

Umberto Eco hace una observación sumamente interesante con respecto a la traducción: “Para entender un texto –y con mayor razón para traducirlo- hay que formular una hipótesis sobre el mundo posible que representa. Esto significa que, en ausencia de pistas adecuadas, una traducción debe apoyarse en conjeturas y sólo después de elaborar una conjetura que considere plausible el traductor puede verter el texto de una lengua a otra. Elegir la acepción o el sentido más probable, razonable y relevante en ese contexto y en ese mundo posible” (Eco, Op. Cit., 57).

Y sin embargo, a pesar de todo, en la traducción siempre existen márgenes de error. Cabe la posibilidad de que el traductor, a pesar de su entrega y esfuerzo y a pesar de su experiencia y dedicación, no consiga satisfacer al autor, o al editor, o a los mismos lectores, a quienes muchas veces se les ha escuchado hacer comentarios como “el original es tanto mejor que la traducción”.

Así de complicada es la traducción. Así de difícil es esta fascinante profesión de constante práctica e investigación que exige la armonía perfecta – si acaso existe una cosa tal - entre el texto fuente y el texto meta.

Capítulo 2. Historia de la traducción

En su discurso de aceptación como miembro de la Real Academia, *Traducción y enriquecimiento de la lengua del traductor*, Valentín García Yebra dice que “el signo lingüístico, o palabra, es el instrumento distintivo de la comunicación humana, y que esta comunicación por medio de la palabra es esencialmente traslación de contenidos anímicos del emisor al receptor y, en tal sentido, es siempre traducción” (García Yebra, 1985, 2). Esto sugiere que la traducción ha sido parte del hombre a partir del momento en que este aprendió a comunicarse con sus semejantes. Sin embargo, “...no se ha escrito una historia que abarque las manifestaciones de esta actividad cultural desde sus comienzos hasta nuestros días en todas las literaturas” (Ibidem, 5). Lo único que sí se puede decir con toda certeza es que la interpretación, la cual por desgracia no pudo documentarse desde sus orígenes debido a su naturaleza, es mucho más antigua que la traducción.

La escritura cuneiforme, inventada por los sumerios hace aproximadamente 5000 años, ha sido, sin lugar a dudas, uno de los sucesos más contundentes para el desarrollo de la humanidad. Si bien, en un inicio, utilizaron la escritura primordialmente para fines comerciales y administrativos, pronto se concentraron en plasmar sobre arcilla los relatos que, durante años, se habían ido transmitiendo oralmente de generación en generación. Poco tardó en propagarse a comunidades vecinas y pueblos fronterizos (Idem).

Sin embargo, existía un problema: la multilingüidad. Esta es una particularidad intrínseca y propia de los hombres con la

que se ha tenido que lidiar a través de la historia y con la que la humanidad tendrá que enfrentarse siempre. Esta característica propia del hombre provocó, tal y como se explica en la historia de *La Torre de Babel*, (Génesis, 11, 1-11), conflictos de comunicación y de entendimiento entre las distintas ciudades. Es a raíz de esta característica propia del hombre que se vinculan los inicios de la traducción, aunque poco se sabe sobre el nacimiento de esta profesión (Wilss, 1988, 31).

De acuerdo con Wolfram Wilss (Ibidem, 18), se han formulado múltiples conjeturas sobre cómo se dieron los primeros contactos interlingüales, pero se desconoce cómo se fueron propagando. Sólo tenemos las hipótesis, los mitos y las referencias que se exponen en el campo teológico, las cuales únicamente confunden la causa y el efecto de los orígenes. En su libro *La ciencia de la traducción*, Wilss hace referencia a una cita interesante que Haugen menciona en su obra *The Curse of Babel* (Haugen, 1974, 58) al respecto: "...los hombres no vivían en distintos territorios por no poder comprenderse entre sí a causa de sus lenguas maternas. Más bien no se entendían entre sí porque se encontraban en distintos territorios; en la historia de Babel se invirtieron los papeles de la causa y del efecto"¹ (Haugen en Wilss, Op. Cit., 18). Sin embargo, lo que aquí realmente interesa es analizar el afán de la traducción por intentar traspasar, en la medida de lo posible, los obstáculos de comunicación que suscitan los idiomas.

¹ En el original: "...men were not scattered abroad because they could not understand one another's speech. They could not understand one another because they were scattered; in the Babel story cause and effect have been turned around". (La traducción es mía).

La historia de la traducción es una herramienta que le permite al traductor consultar las diversas técnicas utilizadas desde sus orígenes con el fin de rectificar, modernizar y perfeccionar su táctica de trabajo (Delisle, 2003, 223). No es difícil imaginar, tal y como lo expresa Umberto Eco (Eco, Op. Cit., 25), que las primeras traducciones hayan sido inexactas y poco estilizadas. Pero esto es irrelevante, ya que fue gracias a esas traducciones que millones de fieles de distintas lenguas tuvieron acceso a textos sagrados como el Antiguo y el Nuevo Testamento, por dar un ejemplo. Porque lo que sí es una realidad, como lo dice Eco, es que "...gran parte de la humanidad está de acuerdo sobre los hechos y acontecimientos fundamentales transmitidos por estos textos, desde los Diez Mandamientos hasta el Sermón de la Montaña, desde la historia de Moisés hasta la "Pasión de Cristo" (Idem).

Imaginemos también el papel de la famosísima Malinche, uno de los grandes personajes de la historia que demuestran la importancia de los intérpretes en la historia de la humanidad, como eslabón comunicativo entre indígenas y conquistadores. Es imposible saber qué tan fidedignas o erráticas fueron sus traducciones y sus interpretaciones. Es probable que hayan sido poco precisas. Sin embargo, a los españoles se les hubiera complicado mucho más la conquista espiritual y militar sin alguien como la memorable Malintzin. Pero ella no fue la única: Fray Jerónimo Saavedra y algunos otros misioneros hicieron un gran esfuerzo por recuperar y escribir todo lo que pudieron sobre la literatura oral y escrita de los indígenas. Gracias a esto se le pudo mostrar al mundo que, si bien los integrantes del nuevo mundo no tenían el mismo grado de desarrollo de los europeos, los indígenas también poseían una gran capacidad

expresiva y un vasto folklore que los ha caracterizado a través de la historia (Vega Cernuda, 1997, 75).

Diversos estudios han logrado ordenar la historia de la traducción y dividirla en las distintas facetas por las que ha atravesado a lo largo del tiempo. Miguel Ángel Vega Cernuda, reconocido filólogo, intérprete y traductor, hace un profundo estudio al respecto, mismo que a continuación se seguirá muy de cerca, y en donde clasifica a la historia de la traducción de la siguiente manera.

El autor considera a la Antigüedad como la infancia de la traducción y, por lo mismo, es de suma relevancia. La profesión comienza a surgir como tal y a dar sus primeros pasos. Sin técnicas ni teorías específicas, se empieza a incursionar en este meticuloso oficio partiendo de nada, porque aún no existen reglas. Fue una época en la que el objetivo primordial de la traducción era hacerse escuchar ante otras naciones política, militar, económica o socio culturalmente hablando, para darse a entender o para aprender de ellas y viceversa (Wilss, Op. Cit., 18). Sin embargo, empezaron a realizarse intentos en torno a la traducción literaria y se hicieron las primeras traducciones del griego al latín, por lo que de alguna manera se sentaron las bases de esta nueva profesión (Vega Cernuda, Op.Cit., 71).

En una segunda instancia, Vega Cernuda habla de la traducción en la Edad Media. Esta época es la adolescencia de la traducción (Idem). Si bien es una etapa difícil de la vida, también es una época en la que el cielo es el límite. No hay imposibles. El oficio del traductor empieza a cobrar mayor actividad y a mostrar su relevancia. El traductor deja de ser un simple mediador entre dos lenguas para convertirse en un profesional bicultural o multicultural conocedor tanto de la cultura fuente

como de la cultura meta. Tiene la capacidad y la sensibilidad de captar las similitudes y las diferencias que se dan entre las culturas (Ponce, Op. Cit., 6). Es un oficio que empieza a fortalecerse para posteriormente pasar a ser imprescindible para el desarrollo cultural de Europa.

La edad adulta de la traducción llega con el Renacimiento. Europa está en pleno auge económico, político y social. El intercambio cultural entre naciones es grandioso. El trabajo del traductor ya es importante en la vida pública de todos los países, a tal grado que pasa a ser crucial incluso para la política de los estados. No hay que olvidar que para esta época las lenguas clásicas habían perdido importancia, por lo que se tiene que recurrir a las traducciones para tener acceso a los clásicos de la antigüedad. La producción de libros aumentó de manera considerable dándole un extraordinario empuje a las primeras impresoras. Era imposible que las editoriales se mantuvieran a flote dependiendo únicamente de la impresión de textos en lenguas vernáculas. Los editores recurrían a los traductores y, gracias a esto, a partir de los siglos XV y XVI, el acto de traducir adquiere un papel protagónico en la historia de la literatura, ya que es este oficio el que revive a la Antigüedad para permitirle al hombre cultivado del Renacimiento saciar su hambre de conocimiento (Vega Cernuda, Op. Cit., 72).

Aquí hay un punto sumamente importante sobre el cual vale la pena hacer énfasis: esas primeras traducciones del griego al latín y de ambas a lenguas vernáculas, son considerados como los primeros intercambios literarios. Constituyen la plataforma de lanzamiento "...hacia una concepción moderna y universal de la cultura" (Idem) que también se convierte en un arma de dos filos. Los alcances comunicativos de la traducción son impactantes. Lo que en realidad estaban ocasionando era un movimiento cultural. Por un lado, la traducción ofrecía, por

ejemplo, la posibilidad de que cada nación definiera libremente su concepto de religión al tener acceso directo a *La Biblia* en su propia lengua. A las naciones ya no se les dice cómo y en qué deben creer. Ellas deciden porque lo leen y lo interpretan sin necesidad de un mediador. “Aquí estriba el carácter iluminista de la traducción y su potencial político, en el acercamiento del pueblo a aquello que era de él y para él. Por otro lado, la sabiduría política de los antiguos fue puesta al alcance del hombre común” (Id.), lo cual pudo resultar contraproducente porque ahora cualquiera tenía acceso a las herramientas que le permitirían opinar, sugerir y elegir. La voz de los grandes clásicos de la antigüedad, considerados por muchos el punto de partida de toda educación integral, caía en manos de todo aquel interesado en cultivarse, en aprender y en comprender los cientos de textos ahora accesibles gracias a la traducción.

Se desconoce cuándo se suscitó la inquietud por estudiar e intentar resolver los múltiples problemas que conlleva la traducción. Esta siempre ha sido un objeto complicado de la reflexión humana (Wilss, Op. Cit., 31) y, tan es así, que a lo largo de la historia han surgido distintos estilos, escuelas, modalidades y teorías sobre cuál es la mejor manera de traducir. Hasta hoy no se ha concretado una sola convención al respecto.

El siglo XVII arranca con grandes planes para los traductores porque se acrecienta la conciencia sobre los aspectos técnicos y estéticos de la traducción. Por ello, los interesados se concentran en elaborar herramientas de trabajo. Surgen las primeras gramáticas comparadas y, sobre todo, diccionarios bilingües y plurilingües. También se empieza a descubrir, tal y como dice Miguel Ángel Vega Cernuda, “la posible ‘clasicidad’ de los modernos, lo cual originó la célebre ‘disputa entre los

clásicos y los modernos”² (Vega Cernuda, Op. Cit., 75). La traducción deja de lado lo político. El traductor busca estilo y belleza en su obra. Fue entonces que los traductores empezaron a preguntarse si debían enfocarse en traducir para el siglo y la nación en que vivían o si era mejor conservar literalmente la integridad de los clásicos.

Horacio ya había pronunciado una famosa frase al respecto, “Y tú, si quieres ser un intérprete fiel, no te preocuparás de traducir palabra por palabra”³ (Ballestero, 2003, 1). John Dryden, poeta, dramaturgo y crítico inglés quien era reconocido por sus notables traducciones de clásicos latinos y griegos, ya había rechazado, al igual que Horacio, la literalidad y propuso tres tipos de traducción:

1. Metáfrasis o traducción palabra por palabra.
2. Paráfrasis o traducción al sentido.
3. Imitación o traducción libre (Taillefer de Haya, 2004, 4).

Esta propuesta es un tema sobre el cual se sigue debatiendo hasta la fecha y el cual se resuelve de acuerdo al criterio de cada nación y, dentro de la misma, según el estilo de cada traductor, ya que si bien algunos países se inclinan por adoptar la cultura y la riqueza de la lengua fuente, otros prefieren apegarse a la lengua materna (Vega Cernuda, Op. Cit., 76).

² En el original: *Querelle des anciens et modernes*. (La traducción es mía).

³ En el original: *Nec verbum verbo curabis reddere fidus interpres*. (La traducción es de Henri Estienne en Morales, 2000, 63).

En el siglo de las luces se incrementa el afán por saber, conocer y comprender al resto del mundo. Aumenta la necesidad de establecer buenas y mejores relaciones internacionales y con esto la ambición por estudiar y hablar diversas lenguas, por lo que se empieza a trabajar sobre el material didáctico para aprenderlas y también para enseñarlas.

Alexander Fraser Tytler, abogado, escritor y profesor escocés, presenta el primer estudio sistemático sobre la traducción en inglés, doctrina moderna basada en tres principios fundamentales del proceso de traducción:

1. Estilo y forma equivalentes.
2. Transcripción completa de la idea.
3. Naturalidad" (Taillefer de Haya, Op., Cit., 5).

En 1768 se crea una Sociedad para la Traducción de Libros Extranjeros (Vega Cernuda, Op. Cit., 82).

El siglo XIX es el siglo de la industrialización y de la demanda de lectura y cultura. Finalmente el mundo aprecia la diversidad, la complejidad y la universalización de la traducción que había iniciado en el siglo XVIII. Se traduce sobre cualquier cantidad de temas como medicina, filosofía, teología y literatura y de todos los idiomas a todos los idiomas. A los famosos salones literarios dejan de asistir únicamente los nobles y se suman todos aquellos amantes del saber (Ibidem, 83).

Para el siglo XX la traducción "...se hace una cuestión de masas, una cuestión social e, incluso, una cuestión oficial" (Ibid, 84). Los temas a traducir son tantos y tan diversos que surge una cuestión teórica y la necesidad de que aparezcan ciencias auxiliares como la documentación y la terminología. La traducción literaria deja de ser el centro de interés y los textos no

literarios empiezan a acaparar la atención. Se tiene conciencia de los problemas que el traducir conlleva y se estudian los procesos traductológicos para poder resolverlos. Por primera vez se siente rivalidad en el mundo de la traducción, especialmente en el sector literario: "...quién traduce, cómo traduce, qué traduce" (Id.). Empieza a darse ayuda económica a los traductores y premios a los que son considerados como los mejores. Aparecen las Casas del Traductor y las asociaciones profesionales de los mismos. (Id.).

Es cierto que cada vez es mayor el número de personas interesadas en aprender varias lenguas. Sin embargo, existen tantas que son incontables. La única forma de tener acceso a un texto escrito en una lengua desconocida es por medio de un traductor. Hoy en día, son miles los títulos que se traducen al año en el mundo, lo que hace a la traducción una actividad económica respetable.

Capítulo 3. La importancia de la traducción

“El confinamiento en un ámbito lingüístico, por rico que éste sea, supone, como toda autarquía, un empobrecimiento comparativo. De ahí la importancia y la nobleza del oficio del traductor, que hace posible a muchos hombres el acceso a tesoros espirituales que de otro modo les estarían vedados” (García Yebra, 1986, 10).

Para Valentín García Yebra “...la traducción ha sido desde hace milenios uno de los procedimientos más importantes, acaso el más importante, para la propagación de la cultura, para la creación y el desarrollo de nuevas literaturas y para el enriquecimiento de las lenguas utilizadas para traducir” (García Yebra, 1985, 2).

Hoy por hoy, al traductor ya no se le considera únicamente un transmisor entre dos lenguas. Es un especialista multicultural cuya misión es recrear, en todo el sentido de la palabra, un texto, un tratado o un documento infiltrado de la cultura de un autor determinado. Es su responsabilidad, tal y como lo menciona Jenny Brumme en su artículo “La Traducción de la Cultura”, conocer a fondo el tema sobre el cual se va a trabajar para “...poder distinguir entre las realidades del autor, la de él mismo y la del receptor” (Brumme, 2000, 1).

Esto nos lleva a enfatizar en que el nivel de conocimiento de las lenguas del traductor, es decir, su multilingüismo, es y debe ser totalmente distinto al de cualquier otro individuo que se considere bilingüe. Su conocimiento de los idiomas es profundo y los maneja con absoluta perfección. Porque traducir también

implica el conocimiento profundo de la lengua propia aunado a un lenguaje culto y versátil y a la destreza para enfrentar las interferencias lingüísticas que pudieran afectar la traducción (García Yebra, 1986, 92).

Dentro del campo de la traducción escrita existen varias ramas. Aquí se mencionarán la traducción *intralingüística* y la traducción *interlingüística*. Ambas tienen como intención crear o recrear un texto para todos aquellos lectores a quienes les es imposible comprender el texto original (García Yebra, 1985, 3).

La traducción *intralingüística* se realiza en torno a una misma lengua. Esto quiere decir que se reproduce un texto con el fin de actualizarlo pero intentando conservar el contenido indemne. La lengua evoluciona y muchas veces es indispensable reescribir una obra porque "...el texto original es inaccesible para la mayoría de los lectores" (Idem). Como ejemplo al respecto tenemos todas aquellas obras escritas en alto alemán, francés o español antiguo. Los clásicos antiguos no tendrían su significado hoy en el mundo cultural de occidente si no hubieran sido actualizados por los clásicos modernos. De igual manera, las religiones, en especial el cristianismo, han seguido desempeñado su papel evangelizador y misionero gracias a las traducciones modernizadas (Vega Cernuda, Op. Cit., 85).

En la traducción *interlingüística*, por el contrario, la idea es recodificar un texto proveniente de una lengua fuente a una lengua meta. En este caso el traductor intenta conservar íntegra la idea, el contenido, el estilo y la intención del autor original adecuándolo a las necesidades de la lengua terminal (García Yebra, 1985, 3). En este caso el criterio del traductor es innegable. Algunos optan por apegarse al texto original lo más posible e incorporan a la traducción préstamos, calcos y neologismos

léxicos y fraseológicos que enriquezcan la lengua de los receptores y, por consiguiente, la suya. Otros se inclinan por no extranjerizar su lengua y sólo "...incorporan nuevas posibilidades expresivas que concuerden con la estructura y la tradición de su propia lengua y la hagan capaz de manifestar conceptos, sentimientos o matices que percibe en la lengua ajena y que nunca ha visto expresados en la suya" (Ibidem, 4).

Para los romanos de la época clásica, traducir era sinónimo de adueñarse de las obras originales. "Se trataba de adaptarlas a fin de revestir la riqueza cultural ajena con la lengua propia" (Ibid, 9). Cicerón muestra claramente esta teoría en un pasaje que escribe al referirse a sus versiones de Esquines y Demóstenes:

No los vertí como traductor (ut interpres) sino como orador (ut orator), con sus mismas ideas y con sus mismas formas a modo de figuras (sententiis isdem et earum formis tanqueam figuris), pero con palabras acomodadas a nuestro uso (verbis ad nostram consuetudinem aptis) (Cicerón en García Yebra, 1985, 9).

Johann Wolfgang von Goethe en su *Rede zum Andenken des edeln Dichters, Bruders und Freundes Wieland* expresó lo siguiente: "Hay dos máximas de la traducción: una pide que el autor de la nación extranjera sea traído hasta nosotros de tal modo que podamos considerarlo como nuestro; la otra, por el contrario, exige que seamos nosotros quienes nos dirijamos al autor extranjero y nos adaptemos a su situación, a su manera de hablar, a sus peculiaridades" (García Yebra, 1985, 3). Si tuviéramos que dirigirnos siempre al autor extranjero, el papel del traductor como eslabón intercultural se vería mermado y el enriquecimiento de las lenguas limitado, cuando es esto último precisamente una de las

mayores aportaciones de esta profesión: enriquecer la lengua meta.

García Yebra explica de manera extraordinaria el proceso de enriquecimiento de las lenguas en su discurso de la Real Academia. Por ello, en lo sucesivo se harán constantes referencias a su trabajo.

La historia ha comprobado que las lenguas se engrandecen y progresan al entrar en contacto con otras lenguas. Es por esto que no existe acercamiento más íntimo entre ellas que el que se logra por medio de la traducción. Una lengua que pretende sobrevivir apoyándose en sus propios recursos o que espera revitalizar arcaísmos para seguir floreciendo está destinada a estancarse. Las lenguas se enriquecen por las aportaciones e incorporaciones que intercambian entre sí. El léxico evoluciona y se renueva constantemente, por lo que existe la necesidad de crear nuevos términos. Michel de Montaigne solía decir: “La lengua se nos escabulle de las manos día con día, y, desde que yo existo, ha cambiado por lo menos la mitad de su contexto”.⁴ (Michelle Montaigne en García Yebra, 1985, 32).

Los elementos que enriquecen y renuevan las lenguas son los neologismos, o, lo que es lo mismo, palabras o expresiones que se van incorporando al lenguaje para designar objetos nuevos. Como decía Montaigne, el proceso de renovación del lenguaje se da constantemente. Cada año se crean cientos de términos nuevos, especialmente en los campos científico y técnico. El universo material y conceptual se representa mediante el lenguaje, por lo que el léxico depende en gran

⁴ En el original: *Notre langue écoule tous les jours de nos mains, et, depuis que je vis, s'est altérée de moitié.* (La traducción es mía).

medida de los cambios y descubrimientos que el hombre va logrando. Es por ello que el buen traductor es el que sabe aprovechar los recursos que le ofrece la lengua del texto original para enriquecer la lengua propia (García Yebra, 1986, 96).

Son innumerables los estudios que se han realizado sobre la traducción y múltiples las teorías, conceptos y normas que han surgido como resultado de los mismos. Una de las conclusiones primordiales es la urgencia de concebir esta profesión como un proceso de comunicación intercultural. “Gracias a la labor de los traductores las lenguas se han enriquecido y se han fijado. Por encima de eso la traducción ha sido importadora y naturalizadora de corrientes y valores culturales” (Vega Cernuda, Op. Cit., 85).

El trabajo del traductor implica enorme dificultad y responsabilidad. Tiene en sus manos el cometido de universalizar la literatura, la ciencia, la tecnología y el derecho, por enumerar unas cuantas disciplinas. “El traductor verdaderamente comprometido enfrenta cada traducción como la labor de creación que es, con todo el comprometimiento intelectual y espiritual que tal concepto implica” (Alpízar, 2005, 1). Además, tiene un compromiso social con el editor, con el autor de la obra, con el lector y con la cultura a la que está traduciendo. No se trata meramente de un acto de producción. Depende de él enriquecer la cultura de llegada mediante el óptimo uso de la lengua (Ibidem, 2), porque cualquier traducción es una aportación ilustrativa para cada país.

Existen otros dos hechos fundamentales, además del enriquecimiento de la lengua receptora, que destacan entre los múltiples beneficios de esta noble profesión. El primero es que nos ha dado acceso a la riqueza legada por la Antigüedad, y el

segundo es que ha contribuido, como ninguna otra actividad, a hacer conciente a la humanidad de su pertenencia común (Vega Cernuda, Op. Cit., 85). La traducción aspira a crear una situación constante de intercambio entre lenguas y culturas para fortalecer el vínculo y el entendimiento entre ellas. Porque a final de cuentas somos parte de un todo, de un mismo mundo que nos une por el simple hecho de ser parte de él.

La traducción ha sido considerada pieza crucial para la evolución de la humanidad en todos los ámbitos implicados en el enriquecimiento y en el desarrollo del hombre. Hay que tener presente, tal y como se mencionó anteriormente, que lengua y cultura caminan de la mano y que no es posible comprender la una sin la otra. Gracias a la traducción podemos mantenernos al día sobre los acontecimientos que se suscitan en esta sociedad multicultural en que vivimos (Ponce, Op. Cit., 5). El traductor hace posible que cualquier tipo de información circule en múltiples lenguas alrededor del mundo. Si no existieran los traductores que pusieran los descubrimientos, avances, polémicas y noticias al alcance de la humanidad, estos perderían su trascendencia al no poder ser divulgados masivamente (Alpízar, Op. Cit., 3). Es por esto que uno de los objetivos esenciales de la traducción a lo largo de la historia ha sido dar difusión a cualquier tipo de producción extranjera, ya sea técnica, literaria, científica o de cualquier otro ámbito. “Sea cual sea el idioma, el número de lectores capaces de leer la versión original de una obra siempre será menor al número de sus lectores potenciales” (Delisle, Op. Cit., 223).

La traducción participa constantemente en el proceso de fecundación de la cultura. Jean Delisle enumera algunas funciones que muestran con toda claridad su versatilidad e importancia:

- Función genética. Los traductores contribuyen a modelar una lengua aún en gestación. Como ejemplo refiere el nacimiento de las lenguas vernáculas en la Edad Media.

- Función estilística. Ayudan a enriquecer los medios de expresión de una lengua al introducir nuevas estructuras sintácticas y nuevos efectos por mimetismo con otra lengua.

- Función literaria. Los traductores importan géneros literarios desconocidos en la literatura de llegada. Geoffrey Chaucer, por ejemplo, introdujo en la literatura inglesa los cuentos populares de Flandes y las fábulas que ponían en escena a los animales.

- Función Formadora. La práctica de la traducción ha servido como plataforma de ensayo a numerosos autores para los que ha sido una verdadera escuela de estilo.

- Función reactualizadora. Moderniza obras antiguas retraducidas, dándoles nueva vigencia.

- Función estética. Remoja las formas de expresión.

- Función Recuperadora. Conserva las obras cuyos originales se han perdido.

- Función Importadora. Hace descubrir textos extranjeros a una sociedad que no los conocía (Delisle, 2003, 223-234).

Son algunas de las cuantas variaciones que ofrece la traducción, dependiendo del tipo de texto sobre el cual se va a trabajar, ya sea literario, legal, histórico, teórico o técnico, entre otros.

Durante el siglo XX se han abierto las oportunidades de trabajo en el campo laboral del traductor. Poco a poco la traducción de textos especializados ha ido acaparando la

atención de los mercados. Si bien durante muchos años la traducción literaria ocupó el lugar protagónico de esta profesión, hoy en día es la traducción especializada la que, desde el punto de vista económico, ha tomado la batuta. La creciente actividad de las relaciones internacionales la ha beneficiado, así como el constante progreso tecnológico y el intercambio y la transmisión de conocimientos que se llevan a cabo día con día a nivel mundial. La importación y exportación de productos entre países es cada día mayor, por lo que los fabricantes se han visto obligados a legalizar documentos, patentes, contratos y normas favoreciendo a la traducción legal. Lo mismo ha sucedido en el campo científico.

La globalización de los mercados también ha favorecido al campo de la traducción. Ésta se ha convertido en una herramienta fundamental para la propagación de la estrategia comercial de las empresas multinacionales. La mayoría de las grandes compañías que promueven sus productos a nivel internacional dependen en gran medida de los traductores para lograrlo. Incluso para la traducción de manuales e instrucciones de sus productos, indispensables para el buen uso y funcionalidad óptima de los mismos (Gamero, 2001, 17-18).

Gracias a esta globalización, la traducción ha tenido un nuevo auge y con ella han surgido cientos de traductores competentes en ámbitos técnicos y especializados.

En esta medida, el traductor es hoy un profesional volcado en una actividad comunicativa que se ha convertido en un medio indispensable para transmitir cultura y vincular naciones. La traducción es un arte complejo y meticuloso que exige verdadera preparación y actualización. Su principal herramienta de trabajo es la lengua y ésta está en constante evolución.

Autores, lectores y editores muchas veces se olvidan de que el éxito o el fracaso de una obra está en manos del traductor o, lo que es lo mismo, en el hecho que éste realice una buena o una mala traducción.

La meta del traductor es transmitirle al receptor no sólo la idea, el sentido y el estilo del autor original, sino también los sentimientos y las emociones involucradas. Es sumamente difícil lograr que un crítico viva la misma experiencia al leer una traducción tras haber leído la obra original. Sin embargo, no hay imposibles, por más embrollado que parezca un texto.

La libertad sintáctica de las lenguas es uno de los principales recursos del traductor para conseguir claridad, ingrediente básico para lograr una buena traducción. Hay que saber descifrar para posteriormente estructurar, construir, reproducir y transmitir fielmente el contenido y el sentido de la obra original.

No hay que olvidar que la mayoría de las veces la única manera que tenemos de acercarnos a un texto es por medio de la traducción. Aquellos privilegiados que conocen varias lenguas y pueden leer el original sabrán apreciar y reconocer cuán difícil es reproducir de manera precisa lo que un autor ha expresado.

La traducción ha sido, durante más de dos mil años, una profesión imprescindible. Basta ver cómo la vasta variedad de lenguas existentes han sido siempre una barrera para la comprensión entre las distintas naciones, al grado que han constituido un gran obstáculo para el progreso cultural, social y material de los hombres. "En suma: en el curso de la historia humana, las lenguas han sido zonas de silencio y afilada división para el extraño" (Steiner, Op. Cit., 77).

Capítulo 4. La invisibilidad del traductor

Tal y como se mencionó en la introducción, es primordial crear conciencia en los lectores sobre la compleja tarea que realiza el traductor con el objetivo de facilitarles el acceso a obras literarias, manuales, libros técnicos, películas y cualquier otro tipo de material que requiera ser traducido. Si bien, parte de la labor del traductor es mantener su invisibilidad creando textos que fluyan y que se amolden a la cultura meta con el fin de que ésta los sienta como propios, esto no significa que el creador de estas obras sea ignorado, que su esfuerzo pase inadvertido y que su nombre nunca aparezca en su trabajo. A través de la historia de la traducción se ha venido diciendo que, cuanto mejor sea el traductor, mayor será su invisibilidad, por lo que es una verdadera ironía el hecho de que su grandeza permanezca en la sombra precisamente por la impecabilidad de su trabajo.

Para un traductor es conveniente que los críticos literarios no hagan comentarios acerca de la traducción. Esto implica que no se percatan de su presencia mientras leen la obra. La sienten tan fluida y natural que olvidan que no es el texto original. Este es el mayor halago que puede recibir el traductor. Conseguir el anonimato en una traducción es un gran logro (Venuti, 1992, 4).

Lo mismo sucede con los lectores. Ellos esperan no percibir la presencia del traductor y sentir que leen al autor original. Y el traductor se esfuerza para lograrlo, es decir, está consciente de que está trabajando por forjar su propia existencia borrosa. Sabe que la autonegación del traductor garantizará la autoridad indiscutible del autor (Orgiu, Op. Cit., 8).

Este fenómeno se ha dado durante siglos y desde la aparición de las primeras traducciones, mas no significa que los traductores estén convencidos o satisfechos con su anonimato. Orgiu, (Idem) al hacer referencia a varios autores , menciona al traductor norteamericano Willard Trask, quien opina que el traductor tiene que ser tan talentoso como el escritor de la obra que va a traducir para obtener una traducción con la misma calidad del original. No obstante, asevera que los motivos que los impulsan a crear son claramente distintos. Mientras el escritor goza de plena libertad para expresar emociones y sensaciones previamente meditadas y meticulosamente seleccionadas, el traductor debe adaptarse a esos mismos sentimientos que muy probablemente le sean ajenos o indiferentes. Esta es una responsabilidad sumamente complicada porque son sentimientos no espontáneos ni naturales a diferencia de los que manifiesta el autor original. Pero el traductor está acostumbrado. Está conciente de que es a eso a lo que precisamente se dedica, a recrear textos como si fueran suyos.

El traductor se consagra a reescribir obras en una lengua determinada para hacerlas accesibles a otra cultura distinta. Y es justamente este maravilloso proceso que enriquece y que entrelaza culturas y que a la vez llena de orgullo y satisfacción al traductor, el que promueve la autodestrucción de este profesionista y que, eventualmente de acuerdo con el punto de vista de Venuti, "...refuerza indudablemente el estatus marginal del traductor y la explotación económica que vive hoy en día" (Venuti, Op. Cit., 5).

Sin embargo, tanto el catedrático holandés Theo Hermans como Lawrence Venuti coinciden con respecto a que la voz del traductor nunca se ausenta totalmente de la traducción (Orgiu, Op. Cit., 7). Porque si bien el traductor intenta serle lo más fiel

posible al texto, es imprescindible adaptarlo a la cultura de los receptores y a la época en que se encuentra, y en este proceso influyen sus propias inclinaciones y preferencias, su experiencia, su pasado y su bagaje cultural. De alguna manera deja su huella. La huella de su entorno, de su época y de su momento.

La posición del traductor es difícil. Está parado entre las exigencias de la lengua y de la cultura fuente, y las de la lengua y la cultura meta. En palabras de Ortiz García el traductor se "...enfrenta a la necesidad de convertir en familiar lo extraño y hacer justicia al otro como extraño y con la obligación de mediar en el significado y negociar con la inestabilidad de éste. La traducción es un hecho lingüístico híbrido" (Ortiz, 2002, 1).

Por si lo anterior fuera poco, en 1985 Theo Hermans escribió una frase y que, para desgracia de los traductores, pasó a la fama: "...el estudio de la traducción sirve únicamente para demostrar la calidad de la obra original y acentuar los errores y deficiencias de cualquier traducción que se haga de ella"⁵ (Hermans, 1985, 8). Esto no fue sino un disparador para fomentar el ya existente sentimiento de inferioridad sobre la traducción que se ha ido imponiendo con respecto al texto original, cuando en realidad es justo y necesario acabar "...con la relación de jerarquía" que actualmente existe entre los textos (Ortiz, Op. Cit., 2).

Sin embargo, por otro lado y a favor del traductor, Roland Barthes en su ensayo *The Death of the Author* menciona su famosa

5 En el original: *The study of translation then serving merely to demonstrate that original's outstanding qualities by highlighting the errors and inadequacies of any number of translations of it.* (La traducción es mía).

cita con la que argumenta que el verdadero talento de un autor radica en saber y poder mezclar textos:

Sabemos que un texto no es una cadena de palabras con un sólo significado “teológico” que exprese (el mensaje de un Dios-autor), sino un espacio multidimensional, en el que una variedad de composiciones, ninguna de ellas original, se mezclan y se encuentran. El texto es una red de citas extraídas de innumerables centros de cultura⁶ (Barthes, 1967, 4).

Barthes argumentaba que el hecho de conferirle a un texto un sólo autor lo limitaba. Siempre hay que tener presente que cada lector, si bien lee un mismo texto, lo hace con distintos ojos. Cada quien lo interpreta de manera diferente. Con esto, Barthes declara la muerte de un autor único y el nacimiento del lector. Esto nos lleva a inferir, por lo tanto, que aquí también nace el traductor al reinterpretar la obra original, “...en cuanto éste abre la escritura y libera la represión de la lectura única y unívoca” (Ibidem, 2).

Siempre existe la posibilidad de hacer diversas traducciones partiendo de un mismo texto. De aquí la idea de lo singular frente a lo plural. Un original, múltiples traducciones: “En este sentido, la serialización de la traducción no sólo pluraliza el original, sino que además pone continuamente en tela de juicio

⁶ En el original: *We know that a text is not a line of words releasing a single “theological” meaning (the message of Author-God) but a multidimensional space in which a variety of writings, none of them original blend and clash. The text is a tissue of quotations drawn from innumerable centres of culture.* (La traducción es mía).

la “originalidad”, es decir, la unicidad *per se*” (Ibid., 4). Mediante esta declaración, tanto el traductor como su traducción cobran valor.

Lo anterior es un punto extraordinariamente válido a favor de la traducción. Sin embargo, cabe aclarar que la intención del traductor no es crear conflictos ni sustituir, de ninguna manera, al autor del original. Simplemente anhela salir de la penumbra y ser reconocido como el autor y escritor que realmente es.

Jorge Luis Borges se formó como escritor a través de la traducción y siempre defendió al gremio argumentando que el traductor debía tener toda la libertad para pulir el texto original y adaptarlo a la cultura meta de manera que tuviera sentido para los receptores (Hernández, 2009, 2). Le parecía obsoleta la teoría de apegarse al texto original porque para él lo verdaderamente importante era “...convertir la versión en un hecho artístico capaz de abrirse un hueco en la historia” (Ibidem, 3) y descubrir el grado de alteración de un texto que realiza el traductor. Para Borges era habitual y totalmente válido que el traductor alterara o excluyera partes del original. No importaba si lo empeoraba o lo perfeccionaba siempre y cuando esa nueva versión aumentara el número de lectores de la lengua meta y éstos quedaran satisfechos (Idem). Borges consideraba que el problema principal de la traducción era encontrar una verdadera afinidad entre el autor y el traductor más que buscar que el texto traducido fuera totalmente fiel léxicamente hablando con el original (Ibid., 5).

Las primeras obras de Borges muestran su lucha constante por acabar con esta teoría de defender el original del autor y por evitar recalcar continuamente el talento y la genialidad del mismo. Rechazaba el individualismo y anhelaba renovar la literatura. Su idea era que el mundo literario aceptara las

diversas tendencias que iban emergiendo y difundir el trabajo de nuevos autores (Id.).

Vale la pena analizar brevemente el cuento de Borges, *Pierre Menard, autor del Quijote*. Aquí Borges propone un mundo en donde los textos crean textos y la noción del autor se esfuma. Es un relato que sedujo a los críticos.

“La mayoría de ellos recogió como proposición fundamental la idea de que la atribución anacrónica constituye una teoría de la escritura como lectura; es decir, que el autor de una obra no detenta ni ejerce sobre ella ningún privilegio, que la obra pertenece desde su nacimiento al dominio público, y que desde el momento en que se publica sólo vive por las innumerables relaciones que mantiene con las obras en el espacio sin fronteras de la lectura” (Pasternac, 1992-93, 1).

Es un caso clarísimo que muestra la muerte del autor y el nacimiento del lector. Menard decide escribir su propio Quijote y resulta ser una copia idéntica, palabra por palabra, de la obra de Cervantes. Y “Pierre Menard es el autor del *Quijote* por la simple razón de que cada lector es el autor del *Quijote*” (Idem). Existen tantos Quijotes como lectores del mismo, por lo que en cuanto al significado respecta, la versión de Pierre Menard resulta ser totalmente distinta por la tradición cultural desde la que se lee.

Esto mismo sucede con cualquier traducción que se adapta a la época y a la lengua destinadas. En cierto modo, el lector receptor recibe, mediante la traducción, un texto original.

Mario Rodríguez Fernández menciona, en un discurso que pronunció en la Sesión Pública y Solemne de la Academia de la

Lengua, lo que Beatriz Sarlo escribió en una ocasión: “Borges destruye, por un lado, la idea de identidad fija de un texto; por el otro, la idea del autor; finalmente la de la escritura original. Con el método de Menard no existen las escrituras originales y queda afectado el principio de propiedad sobre una obra” (Rodríguez, 2005, 4). Esto vuelve a favorecer, una vez más, la teoría de que la jerarquía entre textos no existe y, por ende, el trabajo del traductor debe ser reconocido.

En su ensayo, Javier Ortiz García hace referencia a la lógica de *Différance* de Jacques Derrida a partir de la cual el filósofo francés expresa y aprovecha las oposiciones binarias, como es el caso de la traducción frente al original, que se basan en relaciones de jerarquía. La idea esencial es, una vez más, acabar con esa estructura de rangos. En el presente contexto, el original siempre ha mantenido supremacía frente a la traducción. Esta jerarquía se deshace cuando “...el original queda expuesto a lo que resulta de la traducción, hecho este que ilustra, aunque sea sólo temporalmente, la importancia de la traducción” (Ortiz, Op. Cit., 3).

En el caso de *La Biblia*, la traducción del hebreo al latín que realizó San Jerónimo de Estridón, patrón de los traductores, fue de una relevancia incomparable. Era innegable la necesidad de traducir las Sagradas Escrituras a fin de satisfacer el hambre de saber y de comprender que tenía la comunidad cristiana y que, además, crecía a pasos agigantados.

Se sabe que gran parte de las Sagradas Escrituras surgió a raíz de las tradiciones orales que se transmitían verbalmente de generación en generación antes de que fueran escritas. Sin embargo, este proceso implicó alteraciones y pérdidas. Posteriormente aparecieron los textos escritos a mano, mismos

que recibieron el nombre de manuscritos y que facilitaron la preservación e interpretación de las narraciones bíblicas.

Sin embargo, pocos eran los afortunados que entendían el griego, y, San Jerónimo, conciente de que las Sagradas Escrituras eran del pueblo y para el pueblo, hizo posible que miles de fieles tuvieran acceso directo a ellas para poder interpretarlas personalmente, al tiempo que contribuía al fortalecimiento de la fe de la iglesia (Hodgson, 20005, 1-2).

San Jerónimo trabajó durante 13 años para completar su traducción de *La Biblia* al latín la cual recibió el nombre de "*Vulgata*". No sólo ha sido, sin duda alguna, la traducción más divulgada en la historia del mundo occidental, sino que además fue la traducción avalada por la Iglesia Católica. Este santo-autor, sigue siendo reconocido públicamente como el autor de la *Vulgata*. Nunca se le pidió mantener su invisibilidad.

Si bien parte de la magia de la traducción es mantener la invisibilidad del traductor, es imperativo reconocer abiertamente la riqueza e importancia de este oficio. Es el propio traductor quien debe enorgullecerse de la relevancia de su trabajo para crearse una imagen y dejar de estar tras bambalinas. Sólo así se ganará no únicamente el respeto y la distinción del autor y del editor, sino también de todos los lectores.

Conclusiones

Laura Fóllica comenta sobre “la dificultad feliz” que surge después del suceso de Babel y que Jorge Luis Borges descubre en *Las versiones homéricas*. Para el autor fue un momento cumbre que permitió que los amantes de las letras pudieran tener acceso y contacto con el resto de la literatura del mundo a partir de su propia cultura (Fóllica, 2010, 2). Esto gracias a la traducción que hizo posible que cientos de obras literarias recorrieran todas las culturas proporcionando variadas versiones, “...todas sinceras, genuinas y divergentes” (Borges, 2008, 95).

Queda claro que el creador de una obra original y de su contenido es, en primer lugar, el autor. “Pero el mérito o demérito de su expresión en la lengua nueva corresponde al traductor” (García Yebra, 1999, 1). Belén Hernández hace referencia a un ensayo que escribió Borges en 1938, *Textos Cautivos. Ensayos y reseñas*, en el que cita a Paul Valéry con un punto oportuno al respecto. Para él, la Historia de la Literatura no debería tener como foco de atención a los grandes autores y a sus obras. Sostiene que tendría que ser “...la Historia del Espíritu como productor o consumidor de literatura” (Valery, en Borges, en Hernández, 2009, 4). Porque la realidad es que es posible conocer cualquier historia de principio a fin sin hacer mención de los autores originales. “Podemos conocer la forma poética del *Libro de Job* o del *Cantar de los Cantares*, sin la menor intervención de sus autores que son enteramente desconocidos” (Hernández, Op. Cit., 4).

Sin embargo, la realidad es otra, por lo menos en cuanto a la situación de los traductores respecta. A pesar de que todos los individuos están en contacto día con día con algún tipo de

traducción (cítese película, revista, manual, libro, noticia, contrato o enciclopedia), la presencia del traductor en la sociedad permanece en el anonimato. (Camozzi y Daniela Rodríguez, 2011,1). Porque por desgracia vivimos en un mundo en el que un mal escritor es mucho más reconocido que un extraordinario traductor. Y, tras miles de años y a pesar de que el principal aliciente de los traductores son las palabras, son pocos los que han actuado para que su imagen se haga visible.

Pero es posible que no sean únicamente los traductores los responsables de su invisibilidad y se les pueda atribuir a los escritores y editores parte de dicho abuso. Porque lo cierto es que es a ellos a quienes se les complica aceptar que detrás de un libro determinado no se encuentra Edgar Allan Poe sino “la mágica reescritura del traductor y escritor Julio Cortázar”, por dar un ejemplo de entre millones (Camozzi y Daniela Rodriguez, Op. Cit., 2). Incluso el propio Cervantes, en su momento, puso en boca del Quijote que “...el traducir de lenguas fáciles no arguye ingenio ni elocución” (García Yebra, 1999, 1). ¿Qué diría hoy en día al respecto este genio de las letras y autor de uno de los clásicos con mayor trascendencia en la historia de la literatura tras ver la impactante difusión que alcanzó su obra ni mas ni menos gracias a la traducción?

Guste o no, la realidad es que el traductor es un artista que no únicamente transmite y propaga cultura, sino que además crea textos. Toma en sus manos una obra en una lengua fuente y se aventura a reescribirla de principio a fin en la lengua meta. Así, su traducción aparece como la nueva versión de una obra que nunca ha sido publicada. Y esto lo rectifica Lawrence Venuti (en Ortiz, 2005, 5) cuando dice que la traducción es “...una

reproducción eficaz de un texto que, si bien se parece al original, lo transforma”⁷. Esto es digno de reconocimiento.

En uno de sus múltiples artículos Valentín García Yebra comenta acerca de este controvertido tema de la invisibilidad del traductor y hace énfasis sobre el derecho moral, (del que continuamente es privado), a que su nombre aparezca cuando se hace referencia a cualquier escrito traducido por él. El hecho de no hacerlo es tan sancionable “...como reproducir un pasaje escrito en nuestra propia lengua poniéndolo entre comillas pero callando el nombre de su autor” (García Yebra, 1999, 1).

Los honorarios que reciben los traductores son tan bajos que muchos optan por buscar otra alternativa de trabajo. ¿Acaso los editores olvidan que el éxito de su economía depende en gran medida del traductor? Como se dijo con anterioridad, el editor no sobreviviría publicando únicamente obras originales.

Por otro lado, el escritor tiene que tener muy presente que su objetivo primordial es atraer lectores y que, a pesar de que sabe que cada obra tendrá los suyos, en el fondo escribe pensando en un “lector ideal” del cual depende en gran medida (Tanqueiro, 1999, 20). Y este lector ideal la mayoría de las veces es el mismo traductor que, muy probablemente, internacionalizará su obra posteriormente. ¿Por qué? Porque el traductor es el lector informado que lee y relee y que además sabe decodificar textos sin mayor problema gracias a su competencia gramatical, a su capacidad de entendimiento y a su destreza interpretativa. Se identifica plenamente con el autor porque es tan minucioso como él. Es inmensamente culto porque

⁷ En el original: *An active production of the text which resembles, but nonetheless, transforms the original.* (La traducción es mía).

así lo exige su trabajo, y es capaz de captar la esencia de la obra como ningún otro lector por su profunda dedicación y dominio del lenguaje. Se sumerge en el texto y en los diccionarios para lograr acercarse al autor lo más posible y así poder comprenderlo e interpretarlo de fondo. Porque "...leer íntegra y cabalmente equivale a restaurar lo vivo de los valores y de las intenciones dentro de los que la lengua se da en realidad" (Steiner, Op. Cit., 46).

Jorge Luis Borges se dedicó mucho tiempo a la traducción y también concordaba con lo anterior en el sentido que tenía la teoría de que "...traducir es un modo de leer. Y leer es interpretar y reconstruir un texto" (Gargatagli y Juan Gabriel López Guix, 2004, 4).

Borges comparaba la labor del escritor con la del traductor porque consideraba que son profesiones que se enriquecen entre sí. Estaba convencido de que las mejores traducciones no son necesariamente las que más se apegan al texto original sino aquellas que fluyen y producen placer al leerlas. Siempre sostuvo la idea de que a la traducción se le debe catalogar como un género literario, como la poesía, la literatura o el ensayo.

El traductor se consagra a la tarea de trabajar exhaustivamente en una traducción como si estuviera escribiendo una obra original. Porque eso es lo que tiene que hacer. Escribir una obra para hacerla accesible a otra cultura. Desmantela el texto para recrearlo. Es una de tantas maneras de crear literatura.

Pierre Menard, autor del Quijote es un claro ejemplo de cómo una traducción puede "...ser convertida en materia literaria" (Ibidem, 3), porque no cabe la menor duda de que una

traducción puede ser tan maravillosa como el original. No hay que olvidar que la primera lectura de Borges de *Don Quijote* fue en inglés, y que tras leerlo en castellano opinó que la versión en español le parecía una mala traducción (Idem).

Hoy en día sabemos que la traducción debe ser concebida como una herramienta fundamental de la cultura y que las traducciones se califican por la capacidad del traductor de integrarlas a la lengua y a la cultura meta para enriquecerlas. “Esto también permite estudiar de qué modo lo extranjero es recibido en una cultura local, bajo qué estrategias de selección e importación, cuán hospitalaria resulta, pues, dicha cultura en relación con las otras” (Fólica, Op. Cit., 2).

El buen traductor debe mostrar excelencia en el traslado de cada sonido, de cada palabra, de cada oración, de cada párrafo. Para ello, está obligado a leer el texto las veces que sea necesario hasta sentir que puede “palparlo”. Porque sólo así, “...a fuerza de tacto, (y el tacto multiplicado se convierte en visión moral), el traductor-intérprete aprende a crear una situación de intercambio signifiante. Las flechas de la significación, del enriquecimiento cultural y psicológico apuntan en ambas direcciones. En la situación ideal este intercambio ocurre sin pérdida” (Steiner, Op. Cit., 309).

Vale la pena mencionar a Julio Cortázar (Bruselas, 1914 - París, 1984) y a Octavio Paz (Ciudad de México, 1914 - 1998), dos de los grandes escritores que dedicaron parte de su vida a la traducción y que afirman que indudablemente fue parte fundamental para su formación como escritores (Navas, 2010, 295).

En el mismo ensayo, Navas cita a Ivo R.V. Hoefkens, quien dice que ambos escritores poseían todas las características de lo que él llama “ese fenómeno híbrido que es el autor-traductor”⁸ (Hoefkens en Navas, Op. Cit., 296), tema frecuente en el presente ensayo. Se refiere a aquellos escritores que a través de la historia de la literatura fungieron como eslabones interculturales al haberse dedicado a la traducción “...como medio para expandir la literatura y la cultura de sus propios países” (Navas, Op. Cit., 296).

Mediante su trabajo, ambos escritores hablan indirectamente de la traducción como proceso creativo y de la relación del traductor con la obra original, con el autor y con su propia creación literaria. Ambos reconocen que existe, inminentemente, una clara relación entre traducción y literatura (Ibidem, 298).

Octavio Paz era de la idea de que “...la traducción literal no es verdadera traducción, y que a medida que el traductor se aleja del trabajo literal se acerca al trabajo literario” (Idem).

El traductor logrará una traducción verdadera y fidedigna cuando se consagre a buscar el equilibrio entre ambas lenguas y culturas. Porque es precisamente él quien tiene, con su sensibilidad y agudeza, la oportunidad de hacer oír en su propia lengua todos aquellos tonos y matices aparentemente dormidos que se pueden sentir en la lengua original (García yebra, 1985, 4).

⁸ En el original : *Ce phénomène hybride qu'est l'auteur-traducteur*. (La traducción es mía).

La traducción constituye un acto de comunicación que derriba barreras lingüísticas y culturales, que permite no sólo diseminar las culturas de los pueblos, sino también enriquecerlas, fortalecerlas y fertilizarlas con contribuciones de otros pueblos a los que también les preserva su identidad lingüística que sirve de enlace entre lo particular y lo universal, y que constituye en sí misma, una fuente de progreso (Páez y Salvador Escalante, 2000, 3) .

El trabajo de los traductores no conoce límites. Son el eslabón intercultural a cargo de difundir por todo el mundo las distintas obras literarias, avances y descubrimientos científicos que surgen día con día. Son voceros de grandes políticos, intelectuales y líderes religiosos que necesitan darse a conocer y ser escuchados. Aman, cuidan y actualizan las lenguas. Actúan como mediadores para conservar la paz. Han prestado sus servicios a través de la historia y, en gran medida, son responsables de la vasta propagación del saber y del progreso de la humanidad. “Se han convertido en profesionales capaces de conectar las realidades de dos culturas diferentes” (Ponce, 2007, 1).

“Traducir es mantener un puente entre
dos mensajes, dos lenguas, dos culturas,
dos comunidades en un acto de conjunto
de comprensión y comunicación” .

Gadamer, 1989. (Páez y Salvador Escalante, Op.Cit., 3).

Apéndice

Es importante aclarar que sí se han formulado propuestas con el fin de crear conciencia sobre los derechos de este gremio poco favorecido. La Asociación Argentina de Traductores e Intérpretes (AATI) presenta un modelo que vale la pena dar a conocer, sobre el cual han venido trabajando un grupo de traductores españoles con el propósito de proteger y apoyar tanto a los traductores literarios y técnico-científicos como a los intérpretes. Dentro de las propuestas sugeridas se encuentran las siguientes dignas de ser mencionadas:

1. El EDITOR **se obliga a que el nombre del TRADUCTOR figure**, al menos, en un lugar visible, en la página de créditos, así como la mención del **Copyright de la traducción**.

2. El EDITOR paga al TRADUCTOR un **anticipo de los derechos** que puedan corresponderle por la edición de la obra encargada.

3. Una vez realizada, entregada y aceptada la traducción y pagado el anticipo por el EDITOR, los **derechos** de la reproducción, distribución y venta en forma de libros ceden al EDITOR para su explotación comercial en una determinada lengua, **por un determinado período y para un ámbito territorial determinado**.

4. El TRADUCTOR cede al EDITOR un derecho de opción preferente por un plazo de tres años a partir de la fecha del contrato, para publicar la OBRA en **otras modalidades no amparadas por este Contrato** (Club, Fascículos, Ediciones especiales).

5. El EDITOR goza también de un derecho de opción preferente para adquirir los **demás derechos de explotación** (comunicación pública, transformación y colección) en iguales términos y condiciones que el AUTOR/TRADUCTOR pueda convenir con terceros.

6. El EDITOR sólo puede ceder a otro los **derechos que se le ceden, con el consentimiento del TRADUCTOR, expresado por escrito, previo pacto de los términos económicos de dicha cesión.**

7. Como **remuneración por los derechos de autor**, el TRADUCTOR percibe el ...% del precio de venta al público, según catálogo y sin IVA, por cada uno de los ejemplares vendidos en edición.

8. Para las **restantes modalidades de edición** los porcentajes que se aplican para determinar la remuneración del TRADUCTOR son los determinados por ambas partes.

9. En caso de resolución del contrato por no publicación de la obra, quedan definitivamente en poder del TRADUCTOR las cantidades anticipadas.

10. **Antes** de la puesta en circulación de los ejemplares impresos de la obra de cada una de las ediciones o reimpressiones que realice el EDITOR, éste debe remitir al TRADUCTOR una **certificación comprensiva del número de ejemplares de que conste la edición o reimpresión de que se trate, fecha de publicación de la OBRA y de su precio de venta al público. Esta certificación va acompañada de una declaración jurada de la persona o entidad responsable de los talleres de impresión y encuadernación de la OBRA, en la que conste el**

número de ejemplares fabricados que fueron entregados al EDITOR y fecha de la entrega o entregas efectuadas.

11. Todo contrato de edición se rige y debe ser interpretado conforme a lo previsto por la Ley de Propiedad Intelectual y, en general, por las disposiciones legales que le sean de aplicación” (AATI, 2004, 1-2).

En realidad lo que se pide es justo y razonable. García Yebra lo sugiere de manera simple y concisa al decir que un buen traductor tiene el derecho de recibir del editor dos cosas imprescindibles: “...la consideración debida a quien profesa con decoro un arte noble y difícil, y, como secuela natural de esa consideración y estima, una remuneración digna de su trabajo” (García Yebra, 1999, 1).

Bibliografía

Alpízar Castillo, Rodolfo. 2005. "Responsabilidad social del traductor." *Colegio de Traductores Online*.

http://www.colegiotraductores.org.uy/Responsabilidad_social_del_Traductor.pdf Consultado el 13 sept. 2011.

Asociación Argentina de Traductores e Intérpretes (AATI). 2004. *Los Derechos del Traductor Literario y Técnico-Científico*. 30º Feria del Libro de Buenos Aires, 13 de abril.

Ballestero, Alberto. Marzo del 2003. "Historia de la Traducción", *La Linterna del Traductor*, No. 5. Dic.

Barthes, Roland. 1967. *The Death of the Author*. Ubu Web/ Ubu Web Papers. www.tbook.constantvzw.org/wp-content/death_authorbarthes.pdf Consultada el 19 marzo 2012.

Borges, Jorge Luis. 2008. "Las Versiones Homéricas", *Revista Ilha do Desterro. A Journal of English and Cultural Studies*. Brasil. Universidad Federal de Santa Catarina. No. 17, 1987.

www.periodicos.ufsc.br/index.php/desterro/article&view&8974&8323 Consultada el 2 abril 2012.

Brumme, Jenny, "La Traducción de la Cultura", *ELE, Revista Espéculo. Revista de Estudios Literarios*. Universidad Complutense de Madrid. No. 6, 2000.

http://www.ucm.es/info/especulo/ele/trad_cul.htm Consultada el 10 nov. 2011.

Camozzy Daniela y Rodríguez Gesualdi Daniela. "Un Secreto Bien Guardado", *La Máquina del tiempo, Una revista de*

literatura. (El editor desconoce el número de la revista y la fecha en que fue escrito).

www.lamaquinadeltiempo.com/temas/traducc/Unsecreto.htm

Consultada el 9 dic. 2011.

Declaración Universal de Derechos Lingüísticos a cargo del Comité de seguimiento de la Declaración Universal de Derechos Lingüísticos. 1998. Barcelona: Institut d'Edicions de la Diputació de Barcelona.

Delisle, Jean. 2003. "La historia de la traducción: su importancia para la traductología y su enseñanza mediante un programa didáctico multimedia y multilingüe." Trad. Anna María Salvetti. *Íkala, revista de lenguaje y cultura*. Ene-dic. V. 8.

Eco, Humberto. 2008. *Decir casi lo mismo*. Trad. Helena Lozano Miralles. México: Editorial Lumen.

Espinel del Castillo, Cesar. Diciembre 2010. "Adiós a Don Valentín García Yebra", *La Linterna del Traductor*, Dic.

Fellini, Federico. 2008. "Frases de Federico Fellini". *Frases Y Pensamientos*.

<http://www.frasesypensamientos.com.ar/autor/federico-fellini.html>

Consultada el 13 sept. 2011.

Fólica, Laura. 2010. "La traducción literaria en el periodismo cultural: representaciones de autores traductores y lenguas". *Revista Avatares de la Comunicación y la Cultura*. Universidad Mayor de San Simón. Cochabamba, Bolivia. N° 1. Agosto.

Gamero Pérez, Silvia. 2001. *La traducción de textos técnicos*. Barcelona: Editorial Ariel.

García Yebra, Valentín. 1985. "Traducción y enriquecimiento de la lengua del traductor". Discurso del 27 de enero, Real Academia Española. Madrid.

García Yebra, Valentín. 1986. *En torno a la traducción, teoría, crítica, historia*. México: Editorial Gredos.

García Yebra, Valentín. 1999. "Los derechos de los traductores". ABC, 19 de mayo.

Gargatagli, Ana y Juan Gabriel López Guix. Enero 2004. "Ficciones y teorías en la traducción: Jorge Luis Borges". HISTAL. No. 4, Enero.

Hermans, Theo, 1985. *The Manipulation of Literature, Studies in Literary Translation*. Great Britain. Croom Helm Ltd.

Hernández, Belén. 2009. "El síndrome de Pierre Menard o la traducción según Jorge Luis Borges". *Revista El Hablador*, No. 16. Agosto.

Hodgson, Roberto. 2005. "Traducción de *La Biblia* en la cultura y en los medios de comunicación". *Revista Electrónica de Estudios Filológicos*, No. 9. Junio.

Hoefkens, Ivo R.V. 2004. "Marguerite Yourcenar Traductrice", *Babel, Revue Internationale de la Traduction*, Vo. 40, No., 05, Enero-marzo.

Latin Sayings, Latin Phrases, Latin Quotes and Latin Quotations. 1999-2011.

http://www.yuni.com/library/latin_4.html Consultada el 16 oct. 2011.

Morales Ortiz, Alicia. 2000. *Plutarco en España: Traducciones de Moralia en el siglo XVI*. 2006. Universidad de Murcia. Servicio de publicaciones.

books.google.com.mx/books?isbn=848371180X

Navas Forero, Ángela Liliana. 2010. "Reflexiones de Julio Cortázar y Octavio Paz con respecto a la traducción desde su punto de vista como escritores". *Revista Mutatis Mutandis*. Universidad de Antioquia. Diciembre, Vol. 3, No. 2.

Orgio, Sabrina. Enero, 2011. *Tesina del Master de Traducción Española. La Invisibilidad del Traductor*: Universidad de Utrecht. Holanda. Enero. 72p.

Ortiz García, Javier. 2002. "Traducción y Posmodernidad: Una relación necesaria", *Hermeneus. Revista de Traducción e Interpretación*. Universidad Autónoma de Madrid. No. 4.

Páez Pérez, Vilma y Salvador Escalante Batista. 2000. "Traducción y Comunicación". *Revista Comunicación*. Instituto Tecnológico de Costa Rica. Cartago, Costa Rica. Vl. 11, No. 002. Enero-junio.

Pasternac, Nora. 1992. "El Anticervantismo de Borges: De Paul Groussac a Pierre Menard", Invierno, ITAM: Artículo de Estudios de Filosofía, Historia y Letras.

Ponce Márquez, Nuria. 2007. "El Apasionante Mundo del Traductor como Eslabón Invisible entre Lenguas y Culturas." *Revista Electrónica de Estudios Filológicos* No. 13. Julio.

Rodríguez Fernández, Mario. 2005. "Discurso que se presentó en la Sesión Pública y Solemne de la Academia Chilena de la Lengua, en que se presentó el llamado *Quijote popular*, Concepción, Auditorium de la Universidad de Concepción", 22 de abril.

Steiner, George. 2008. *Después de Babel*. Trad. Adolfo Castañón y Aurelio Major. México: Fondo de Cultura Económica.

Taillefer de Haya, Lidia. 1997. "Bibliografía anglófona de historia de la traducción: Propuesta y examen crítico". Revista *Livius*, No. 9. Marzo.

Tanqueiro, Helena. 1999. "Un traductor privilegiado: el autotraductor. *Quaderns. Revista de Traducción*. Universitat Autònoma de Barcelona. Barcelona. No. 3. Diciembre.

<http://www.bib.uab.es/pub/quaderns/11385790n3p19.pdf>

Consultada el 28 de marzo de 2012.

Vega Cernuda, Miguel Ángel. 1997. "Apuntes socioculturales de la historia de la traducción: del Renacimiento a nuestros días". *Revista Hieronymus Complutensis*. Núms. 4-5. Junio.

http://cvc.cervantes.es/lengua/hieronymous./pdf/04_05_071.pdf

Consultada el 21 oct. 2011

Venuti, Lawrence. 1992. *Rethinking Translation. Discourse, Subjectivity, Ideology*. London: Routledge.

Wilss, Wolfram. 1988. *La Ciencia de la Traducción*. Trad. Gerda Ober Kirchner y Sandra Franco. México: Universidad Nacional Autónoma de México.